

Lo “ex-céntrico” del testimonio y el testimonio *excéntrico*

César Izquierdo

UNIVERSIDAD DE NAVARRA

PAMPLONA

La valoración del testimonio en la reflexión teológica y en la vida cristiana sigue derroteros diversos. El testimonio es ciertamente un elemento esencial de la economía reveladora, un medio insustituible por el que llega el anuncio cristiano y se transmite la fe, y expresión existencial ordinaria de la vida suscitada por la misma fe. No raramente, sin embargo, es presentado y utilizado como una alternativa con la que la existencia concreta se contrapone a la verdad que aparece como algo abstracto, lejano o frío.

Una tipología elemental del testimonio nos conduce, en primer lugar, al testimonio subjetivo que manifiesta la repercusión, en el mundo interior de la persona, de hechos o acontecimientos que ésta expresa en forma de relato, en el que queda patente la capacidad transformadora de la experiencia vivida. El testimonio de este tipo es significativo porque contiene la expresividad de algo intenso y único en el que se hallan presentes elementos representativos de una forma ideal de vida. Hay con todo una diferencia entre el testimonio simplemente de sí mismo, en el que “la verdad queda [...] reducida a la autenticidad subjetiva del individuo, válida sólo para la vida de cada uno”¹, y el testimonio vivo de algo distinto del propio sujeto, que le afecta y le hace salir de sí mismo; que es por tanto *ex-céntrico*. Volveremos más adelante a este punto.

Otra forma de testimonio de la persona singular es aquel que pertenece al campo de lo certificable, al ámbito jurídico y al dominio de la fe. Es el testimonio que se da de un hecho observado por el testigo y no por otros, los

1 FRANCISCO, Encíclica *Lumen fidei*, n. 34.

cuales solo pueden llegar a conocer lo sucedido mediante el testigo. Si en el caso anterior el testimonio se refería sobre todo a la experiencia interior del sujeto, ahora el testimonio está sometido a una verdad que no depende del testigo el cual se ve obligado a ser veraz, a dar un testimonio determinado. Los hechos son inmodificables: lo que sucedió, sucedió, y eso es cabalmente lo que pone de manifiesto el testigo. Se puede aceptar o rechazar el testimonio, pero lo que no se puede es modificar los hechos a voluntad del oyente.

El testimonio cobra toda su fuerza en la misión de la Iglesia, que no consiste –conviene subrayarlo– en una actividad que se dirija al servicio de sí misma, sino que está plasmada como continuación de la misión de Cristo. Lo que especifica esa misión es cabalmente el testimonio de la verdad. El Vaticano II lo confirma dando un paso más al identificar la verdad con Cristo mismo: la misión de la Iglesia “consiste en anunciar y enseñar auténticamente la verdad que es Cristo” (*Dignitatis humanae* 14).

No hay razones en la Escritura para contraponer el testimonio y la verdad. Sin embargo, a lo largo de la historia, el testimonio –la categoría testimonio– ha experimentado los extremos: una valoración radical y excluyente o una pérdida casi total de significación. Las razones, en ambos casos, son ajenas al verdadero dinamismo de la fe. En general, puede afirmarse que la importancia otorgada al testimonio está en relación con el modo de entender la razón.

I. TESTIMONIO Y EXPERIENCIA

Lo que la razón conoce es, por definición, universalmente cognoscible. Se puede enseñar a otros, lo cual significa que los motivos de la adhesión a lo que se conoce se encuentran en el objeto que una facultad cognoscitiva en estado normal puede captar. El testimonio en cambio no se puede enseñar sino solo mostrar: depende de la experiencia concreta de un sujeto particular que comunica libremente lo que ha experimentado. Un testimonio se manifiesta para ser aceptado por los demás por la autoridad del testigo que empeña su palabra al afirmar la realidad de lo que ha visto, ha presenciado o experimentado personalmente. Lo racional que se enseña es aceptado por la evidencia que conlleva; a lo testimoniado, en cambio, solo se llega por la fe en el testigo.

La contraposición entre experiencia y razón ha tenido un amplio desarrollo en el pensamiento occidental que ha conocido épocas proclives a aceptar, en un momento determinado, a una más que a otra. Una teoría del conocimiento que confía todo a los sentidos –y es por tanto anti-metafísica– ha tenido validez durante un tiempo, pero después ha cedido el puesto a otra que solo da validez a lo racional; y así sucesivamente. La filosofía de la experiencia no se reduce al empirismo, pero desde luego comunica con él en la medida en que proclama que la realidad reside en el sujeto y en sus actos más que en un objeto que existe en sí mismo.

Cuando afirmamos que el valor y el sentido que se reconoce al testimonio depende de la manera como se entienda la razón, damos a entender que no hay una forma unívoca de comprender la razón. Hay una racionalidad cerrada y hay una racionalidad abierta como la presenta, por ejemplo, *Fides et Ratio*². En la primera, difícilmente hay cabida para un testimonio con verdadero valor cognoscitivo; en la segunda en cambio, el testimonio ocupa un lugar fundamental como auténtico –y, en algún sentido, único– conocimiento. Esta racionalidad en todo caso, purifica al testimonio del subjetivismo que puede anularlo.

Ha surgido una dificultad, sin embargo, cuando el aspecto existencial de la fe se ha apoderado de tal manera del acto de creer que ha llegado en ocasiones a constituir el todo de la fe (en el sentido de *fides qua*). Se ha producido entonces un deslizamiento de la fe hacia la caridad de manera incontrolada, en cuanto ha implicado una cierta contraposición e incluso un abandono del ámbito de la verdad. Este hecho ha merecido el aplauso de autores como Vattimo que propone que el cristianismo se entienda más como un acto de amor que como una revelación de la verdad³. No es difícil captar el sutil ataque encerrado en una propuesta semejante que presenta la fe cristiana como una alternativa –fruto de una contraposición– entre la verdad y el amor. Para ello se requiere, naturalmente, que las posiciones sobre la verdad sean débiles o “abiertas” a otras verdades. Paradójicamente, ello implica la existencia de algunos “dogmas laicos”⁴ que se deben aceptar sin oponer resistencia.

2 Cf. por ejemplo *Fides et ratio* nn. 28-33, entre otros.

3 R. GIRARD – G. VATTIMO, *Verità o fede debole? Dialogo su cristianesimo e relativismo* (Transeuropea, Massa 2006) 32.

4 G. ANGELINI – S. UBBIALI (eds.), *La testimonianza cristiana e testimonianza di Gesù alla verità* (Glossa, Milano 2009) 10 ss.

II. EL TESTIMONIO EN LA HISTORIA

La enseñanza de la Iglesia no es nada sin el testimonio; más aún, esa enseñanza es necesariamente testimonio en cuanto que lo que un maestro enseña no es logro suyo, sino algo recibido en último término de testigos, y de lo que los creyentes son llamados a dar también ellos su testimonio. Solamente si es testimonio puede reclamar una adhesión apoyada en motivos de fe; de otra manera, se trataría de una doctrina sometida al examen crítico de la razón, como cualquier otra. La fuerza del servicio que los maestros prestan en la Iglesia reside en el hecho de que ellos solo pueden enseñar lo que Juan pone al principio de su primera carta: “lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos a propósito del Verbo de la vida [...], lo que hemos visto y oído os lo anunciamos” (1 Jn 1,1.5). Esa es la ley que preside el anuncio cristiano que realiza la Iglesia: “hemos visto, os lo anunciamos y damos testimonio” (1 Jn 1,2).

Para los primeros siglos cristianos, el testimonio (*martiría*) era una realidad palpitante y cercana con consecuencias definitivas en muchos casos. El martirio era algo con lo que había que contar, y en su forma más elemental se presentaba como fidelidad a Cristo, verdad de Dios y verdad del hombre, de cuya vida, enseñanza y acción se daba testimonio incluso con la sangre.

Terminada la época de las persecuciones a causa de la fe, el testimonio pasó a significar una manifestación ordinaria de la vida auténticamente cristiana, que no se queda en la mera confesión sino que se encarna en una manera concreta de actuar que dimana de lo que se cree y se confiesa. Más tarde, ya en la edad Media, la fuerza adquirida por la razón y el método dialéctico-racional dejaban poco espacio para el testimonio como elemento definitorio de la fe o del método teológico. Al fin y al cabo, el testimonio no era sino un hecho contingente incapaz de incorporar la necesidad a la que aspiraba la razón.

Las cosas cambiaron con el protestantismo. A partir de Lutero, el testimonio experimentó una revalorización que se nutría de la desconfianza en la razón, como facultad para conocer la verdad, y en el desarrollo reflexivo o racional de la fe. Poco a poco se fue contraponiendo la afirmación teórica de la fe con el testimonio vivido. Una razón de ello estaba, sin duda, en la posibilidad de desconexión entre una correcta fe doctrinal y la coherencia de vida con esa misma fe. Pero ese motivo, siempre digno de ser tenido en

cuenta a un nivel no sólo pastoral sino teológico, no explicaba la desconfianza en general sobre el discurso racional sobre la fe. La desconfianza protestante en un uso recto de la razón convergió posteriormente con la exaltación de la experiencia y la consecuente marginación de una verdad doctrinal permanente. Quedaba entonces el testimonio como la única forma de manifestación y de transmisión de la fe. Pero esa fe estaba herida porque no podía presentarse en un discurso racional universalizable, sino solamente como expresión subjetiva de un estado interior.

La preponderancia otorgada al testimonio chocó en la Ilustración con el aprecio exclusivo de lo racional y necesario y con el desprecio de los hechos contingentes. "Una sola demostración, me convence más que cincuenta hechos [...] Estoy más seguro de mi juicio que de mis ojos", escribió Diderot⁵; y en la misma línea podían haberse pronunciado todos los ilustrados, y se han manifestado filósofos, desde Spinoza, Lessing, Nietzsche hasta Heidegger⁶.

Lo que sucedió ya en el siglo XIX y, particularmente en el XX, ha sido una agudísima crisis de las ideologías que estaban en el origen de los desastres sociales y bélicos que tuvieron lugar a partir de 1914. En el mejor de los casos, esas ideologías y, en general, los discursos teóricos han resultado inútiles en la transformación del mundo e incoherentes, en muchos casos, con la vida de quienes los proclamaban. Este diagnóstico no excluye a la vida de la Iglesia en la que se ha desarrollado una enseñanza –teológica, catequética, pastoral– cada vez más dotada de nervio intelectual pero que ha coincidido con una acusada decadencia en la vida cristiana y con un cada vez menor impacto social del cristianismo.

La crisis de las ideologías –aunque no sea solamente ésta la causa– ha contribuido a desconfiar de nuevo de la razón y de la posibilidad de conocer la verdad. Frente a lo general, racional o discursivo emerge ahora lo concretamente vivido, las experiencias normales de la vida, los relatos biográficos. En el ámbito teológico adquieren importancia la teología narrativa, la teología como biografía⁷, etc. Los "testimonios" son ahora un elemento imprescindible que acompañan a las reflexiones más teóricas en encuentros y reuniones pas-

5 D. DIDEROT, *Oeuvres philosophiques: Pensées Philosophiques* (L. Gallimard, Paris 2010) 25.

6 Cf. O'CALLAGHAN, "El testimonio de Cristo y de los cristianos. Una reflexión sobre el método teológico": *Scripta Theologica* 38 (2006) 557-561.

7 Por ejemplo, J.-P. JOSSUA, *La condition du témoin* (Cerf, Paris 1984). Cf. M. NERI, "La testimonianza: kerygma contro dogma", en: G. ANGELINI – S. UBBIALI (eds.), *La testimonianza cristiana e testimonianza di Gesù alla verità* (Glossa, Milano 2009) 25-26.

torales y en otros ámbitos de la vida de la Iglesia. De ese modo se pone de manifiesto una dimensión de la fe que no siempre fue justamente reconocida en otros tiempos. Por su parte, la teología ha mostrado con claridad que la fe es confesión pero también, y de manera esencial, acto de vida, práctica, experiencia, fe vivificada por la caridad.

III. TESTIMONIO *IN-CÉNTRICO* Y *EX-CÉNTRICO*

Se ha producido en las últimas décadas un fenómeno nuevo que no responde al movimiento pendular tan frecuente en el mundo de las ideas sino al espectacular desarrollo tecnológico que hemos conocido. La auténtica revolución que han supuesto los nuevos medios de comunicación ha dado aire al deseo de mostrar y de mostrarse a los demás. En un contexto en el que se ha generalizado la *mímesis* –el impacto y la imitación de personajes brillantes, de su forma de vida, o de lo socialmente prestigioso–, el testimonio ha adquirido una importancia de primer orden; un testimonio devaluado y empobrecido, sin duda, pero que en muchos casos ha relegado a la verdad al ámbito de lo arcaico o de lo que, simplemente, está en desuso.

Conocemos, por ejemplo, en nuestra época una floración del género autobiográfico, aunque frecuentemente no se trata de un auténtico retrato interior de alguien que ha vivido su existencia en profundidad, sino que, habitualmente, se reduce a un relato sin demasiada autenticidad en el que, sirviéndose de un *ghost-writer*, un personaje da a conocer algunas intimidades personales, políticas, sociales para alimento de un público curioso y sediento de diversión. En otro ámbito, desarrollado de manera explosiva, las redes sociales se alimentan de testimonios banales, de personas sin profundidad interior que están dispuestas a dar a conocer su último *selfie* gráfico o interior, su última impresión u opinión sobre cualquier cosa. Finalmente, los medios de comunicación buscan y recompensan los testimonios de personas conocidas o famosas dispuestas a hacer públicos aspectos de su vida personal y de quienes se relacionan con ellos, para alimentar la curiosidad malsana de unos y la cuenta de beneficios de otros. Todos estos “testimonios” tienen un rasgo común: la centralidad del “yo”, un yo frecuentemente prostituido por la exhibición de la intimidad, lo cual los convierte en carentes de verdadero

interés para quien no se conforma con una diversión de baja estofa sino que aspira a la dignidad antropológica que el testimonio humano puede alcanzar.

Ante estos fenómenos, parece imponerse con urgencia una depuración del significado del testimonio. El verdadero testimonio es necesariamente *ex-céntrico* en cuanto no está centrado en el testigo mismo, no es testimonio que contenta y sirve al centro que es uno mismo, sino que sale de sí mismo y pone el centro en *lo otro* y sobre todo en *el otro*. La razón es que el centro del testimonio no puede estar en el sujeto sino en la verdad y en el bien a los que contribuye con su acto de testimoniar. De ahí se concluye una característica que acompaña al testimonio, y que es el compromiso que conduce a estar *al servicio* de algo o alguien distinto de sí mismo. Incluso el testimonio de la propia interioridad solo tiene sentido si sirve para la verdad o el bien. Un testimonio de sí mismo por sí mismo, un testimonio "*in-céntrico*", sin compromiso, carece de interés porque no ofrece relieve alguno ni de verdad ni de bien.

El carácter *ex-céntrico* del testimonio lleva, pues, a afirmar que lo que mide al testimonio es la verdad de lo otro o del otro, que están fuera de uno mismo. De ese modo, reconoce el peso de la verdad y se pone a su servicio. Con palabras únicas lo dijo Jesús al escéptico Pilato: "he venido para dar testimonio de la verdad" (Jn 18,37). El carácter *ex-céntrico* del testimonio va acompañado por una característica esencial: la fidelidad. La fidelidad que es referencia al centro que es la verdad, y la fidelidad al centro que es el otro.

Así pues, porque el testimonio es *ex-céntrico*, se puede hablar de una profunda vinculación del testimonio con la verdad. El testimonio cristiano es necesariamente testimonio de la verdad (cfr Jn 3,33; 5,33; 18,37). El testigo transmite lo que él mismo ha visto, oído, tocado del Verbo de la vida, y su testimonio queda acreditado por la vida transformada del testigo. Por esta razón, sería irrisoria la transmisión de la fe llevada a cabo de manera oficial por alguien cuya vida chocara públicamente con la fe que transmite. El testigo cuya vida es coherente con el mensaje que transmite, tiene autoridad, y puede entonces ser verdadero maestro. Las célebres palabras de Juan Pablo II en la encíclica *Redemptoris missio*, eco de otras de Pablo VI, siguen siendo oportunas en este punto: "El hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros; cree más en la experiencia que en la doctrina, en la vida

y los hechos que en las teorías. El testimonio de vida cristiana es la primera e insustituible forma de la misión”⁸.

Lo *ex-céntrico* del testimonio cristiano significa, finalmente, que en el testimonio personal lo que realmente importa no es el sujeto, sino el hecho de formar parte del testimonio de la Iglesia. En último término éste es realmente significativo, y al testimonio de la Iglesia pueden ser reconducidos los de las personas singulares. También el testimonio de la Iglesia se caracteriza por ser *ex-céntrico*, en cuanto se debe entender cristológicamente. Esta es, me parece, una condición necesaria para superar la deriva pastoralista del testimonio, así como la raíz sanadora de la aporía moderna entre testimonio y verdad. También en este aspecto se debe subrayar el necesario centramiento cristológico que, especialmente a partir del Vaticano II, caracteriza a la ecle-siología. El testimonio de la Iglesia no es un acto suyo particular, auto-finalizado, algo que ella emprende por su propia iniciativa, o una actividad para la que es comisionada, sino expresión de su ser en Cristo, “el testigo veraz” (Ap 1,5). De manera semejante al único testigo que es Cristo, y a su testimonio incomparable, la Iglesia es ella misma testigo de Cristo, y su testimonio es la consecuencia que dimana naturalmente de su propia naturaleza. Entre ser y misión de la Iglesia se da una implicación mutua análoga a la que existe entre el ser y la misión de Cristo. La misión de ser testigo y dar testimonio de Cristo no es algo añadido sino su forma peculiar de ser Cuerpo de Cristo y mediadora del mediador. La pro-existencia de Cristo se continúa en la Iglesia cuya razón de ser es también el “para”: no existe para ella misma sino esencialmente para Dios y para los hombres.

IV. EL TESTIMONIO “EXCÉNTRICO”

La aceptación del testimonio tanto de los creyentes singulares como de la Iglesia depende de factores tan diversos como su coherencia íntima, su relación con la cultura o su capacidad interpeladora. Un testimonio es más

8 JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Missio*, 42. Pablo VI había afirmado: “El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio” (PABLO VI, *Discurso a los miembros del Consilium de Laicis* (2 octubre 1974): AAS 66 (1974) 568: Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* 41).

significativo si se presenta con caracteres sorprendentes y pone de manifiesto el heroísmo de quien lo da. El testimonio en y de la Iglesia suscita reacciones de diverso tipo: de reconocimiento y admiración, de aceptación creyente y de entusiasmo por la intervención de Dios entre los hombres, pero también de rechazo cuando ese testimonio no va a favor de la "*mainstream*" de la sociedad, e incluso cuando la contradice. Este es el caso, por ejemplo, de todo aquello que presenta un modelo de vida inspirado en principios morales firmes y exigentes, incluso incondicionales. En la medida en que esos testimonios responden a propuestas que chocan con una existencia "líquida" –para usar los términos de Bauman⁹– es decir privada de toda forma propia e indefinidamente adaptable, son considerados como algo "excéntrico" en el sentido de raro, extraño o ajeno a lo generalmente aceptado, opuesto a la normalidad vigente e incluso contrario a lo racional. Al ser considerado como algo excéntrico, el testimonio cristiano puede experimentar el rechazo de quienes se atienen a lo científico, a lo general y a la corrección social o política.

A pesar de ser considerado "excéntrico", no se puede rechazar ese testimonio como algo ajeno a la racionalidad, porque de hecho responde a una propuesta racional que debe ser examinada si se actúa con honradez intelectual. Pongamos dos ejemplos, uno dogmático y otro moral. Hay un testimonio específico que responde a la fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía, y que se expresa en signos de adoración, de respeto o de defensa de la propia eucaristía aún a costa de la vida. En el orden moral, un testimonio moral "excéntrico" es, sin duda, el de un matrimonio cristiano formado por un hombre y una mujer maduros y responsables que forma una familia numerosa. En el primer caso, quien no participe de la fe en la eucaristía, no entenderá el testimonio de fe de quien sí cree, pero se cuidará mucho de despreciar el comportamiento de quien, siendo al mismo tiempo una persona formada y racionalmente, desarrollada actúa así. Por lo que se refiere a un matrimonio con un buen número de hijos, no cabe duda de que despertará interrogantes en quienes están sumergidos en una ambiente muy antinatalista. Pero sería precipitado descartar los principios morales de quienes quieren ser fieles, simplemente porque no los comparten. En uno y otro caso lo lógico será

9 Bauman ha aplicado el calificativo "líquido" a diversas realidades: "vida líquida", "amor líquido", "modernidad líquida", "miedo líquido", etc.

sentirse interpelados para preguntarse por las verdaderas razones de quienes actúan de una manera consecuente con su propia fe.

En la medida en que el testimonio cristiano, sin oponerse a lo racional, resiste a una asimilación acrítica por el pensamiento dominante, e incluso por una racionalidad determinada por sus propias condiciones de posibilidad, parece claro que la fe que sustenta ese testimonio está dotada de una innegable consistencia de realidad. Un puro testimonio sin una referencia fuerte a la realidad de las cosas no tendría rechazo y a lo más entraría en el catálogo de curiosidades antropológicas; pero al pretender que el testimonio de la Iglesia se remita a hechos irrenunciables que contienen enseñanzas más allá de lo que la razón alcanza, la sorpresa que podría convertirse en diálogo fecundo, con frecuencia da paso a un rechazo revestido de crítica visceral, burla o sarcasmo. Esa reacción tan fuerte, sin embargo, es una señal indirecta de la consistencia de aquello a lo que se opone. Otras personas no dejarán de apreciar la coherencia de los testigos que actúan de ese modo aun a costa de su bienestar o consideración social.

En nuestro tiempo no se debe excluir que el testimonio de fe adquiera rasgos de “signo de contradicción” (Lc 2,34). La tendencia uniformadora de la cultura tecnológica, la sociedad de consumo, las políticas educativas, el régimen económico que deja tantos flancos desfavorecidos, la comprensión descomprometida de la libertad que da lugar a un hedonismo con rasgos de ideal social, son algunas de las características de nuestro tiempo que hacen que la fe cristiana, su enseñanza y testimonio, sean consideradas como una amenaza para el bienestar social y para una paz que tiene como precio la renuncia a lo diferente. De ese estado de cosas es del que el testimonio “excéntrico” –el que es signo de contradicción para la cultura y la sociedad– puede hacerle despertar.